

Como dijo antes de alejarse á su hermano, Lucía esperaba su regreso impaciente y nerviosa. Le salió al encuentro, le hizo sentar junto á ella, y escuchó con ansia la relación de lo ocurrido, y el retrato que, con verdadero entusiasmo, le hizo de la baronesa de Ligny.

Pero no quedó satisfecha, á tal punto, que le obligó á transcribir frase por frase la conversación que con ella había tenido. Él la obedeció, procurando recordar, no sólo las palabras, sino también los gestos hechos

al pronunciarlas. Hallaba placer en reavivar el recuerdo de la manera más gráfica posible. Aún le parecía verla en pie delante de la chimenea ó sentada enfrente de él, altiva primero, y doblegándose luego. ¡ Todavía se figuraba escuchar su voz seca al principio, dulce y cariñosa luego!....

Cuando nada le quedó por contar, se detuvo, y por primera vez desde su llegada fijó la atención en el semblante de su hermana. Esperaba verla satisfecha como él por el buen resultado de sus pesquisas, que suyas fueron, por haberlas inspirado; tranquila con respecto á la suerte de Pedro Morlain, puesto que al día siguiente se proclamaría su inocencia; y al observar que estaba más preocupada que antes, que tenía la frente fruncida, que miraba con esa vaguedad del que está absorto en hondísimas reflexiones, experimentó una verdadera sorpresa, y dijo:

—¿Qué te parece lo que te he referido?

—Me parece (repuso la joven irguiéndose) que hemos perdido el tiempo.

—¡Qué dices! ¡Perder el tiempo cuando hemos logrado nuestro propósito! Conocemos ya á la que nos interesaba, y está

resuelta á salvar á Pedro. ¿Qué más podíamos apetecer?

—Estás en un error, Jorge. Esa mujer no es lo que dice, y no hablará. Se ha burlado de ti....

—¿En qué te fundas para suponer?....

—En mil detalles que á primera vista parecen insignificantes. Mañana sufrirás la decepción de que no acuda á la cita.

—¡Bah!....

—¡Ya lo verás!....

—Y aunque así fuera, ¿qué me importa? Iré yo á su casa. ¡Sabiendo su nombre y donde vive!....

—No sabes ni lo uno ni lo otro. Nombre y señas son falsos.

—¡Imposible!....

—Por desgracia no lo es.

—Pero si la he acompañado hasta el número 40 del boulevard Haussmann....

—He ahí precisamente lo que me hace dudar. Esa casa es una de las más grandes de París. Tiene una porción de inquilinos, y parece un laberinto. La conozco muy bien, porque mi antigua profesora de piano vive en ella. El otro día fui á verla, y al marcharme tenía que ir á la plaza de la

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

1625 MONTERREY, MEXICO

Trinidad, y ella, que lo supo, me dijo que para abreviar saliera por la puerta que da sobre la Chaussée d'Antin. Es decir, que la casa en cuestión tiene dos salidas.

— De modo que crees....

— Estoy segura; no tengo duda. Mientras tú, obediente á su mandato, estabas delante de la puerta que da al boulevard, «para no comprometerla,» según te dijo, ella salía por la otra.

— Pero, mujer, ¿por qué no ha de vivir en el boulevard Haussmann? Nada prueba que....

— Una mujer de las condiciones de la que me has descrito, vive en otro barrio y en casa de más lujo.

— ¿Y el nombre? ¿Por qué crees que es también falso?

— Te dijo el primero que se le vino á las mientes. Tiene otro acaso más conocido que el de Ligny. Créeme: se trata de una gran señora muy hábil...., y quizás muy mala....

Jorge no replicó. Se le agolpaban los recuerdos en la memoria, y, analizándolos bien, resultaban con cierto sello inexplicable de falsía. Mas era tan duro para él re-

conocerse juguete de aquella mujer, que exclamó como argumento postrero:

— Quizás te engaña una suspicacia hija del interés que tienes por nuestro amigo. Voy á salir de dudas esta misma noche. Corro al boulevard Haussmann, y....

— Son cerca de las dos de la madrugada, y es inútil que te molestes. Si conservas alguna ilusión, mañana se te desvanecerá. Por mi parte, no tengo ninguna.

Hablaron algunos instantes más, se despidieron luego, y cada uno se retiró á su cuarto.

.....

.....

Desencantado, porque durante la noche reflexionó y convino en que eran muy lógicas las sospechas de Lucía, pero conservando un último rastro de esperanza, Jorge abandonó el lecho muy de mañana, y á las nueve se trasladó al boulevard Haussmann. Allí supo que ni vivía ninguna baronesa en la casa donde la víspera dejó á la desconocida, ni siquiera ningún inquilino se llamaba Ligny.

Reconoció el enorme caserón, entró por

una puerta y salió por otra, y entonces comprendió que, en efecto, la pretendida baronesa abusó de su confianza, y le burló siguiendo aquel camino conocido desde largo tiempo, porque quizás tenía en la casa algún proveedor de la suya.

Aun viendo esto no se dió por vencido. Pensó que acaso al negarle su verdadero nombre y la dirección de su vivienda lo hizo por temor, y con el propósito tal vez de acudir á la cita para hablar de Pedro y coadyuvar á su salvación.

Á las dos se dirigió al hotel del boulevard Pereire. Todo estaba tan silencioso como la noche anterior; pero los muebles ocupaban sus puestos ordinarios en perfecto orden; en los candelabros habían sido sustituidas las bujías á medio consumir por otras nuevas; en ningún sitio había una huella de polvo; la mujer invisible encargada de todo esto había cumplido su obligación cotidiana.

Jorge esperó un rato en la alcoba; ¡ allí fué donde primero se encontraron! Estaba ansioso de verla, impacientísimo. Pero el tiempo pasaba; la dama no parecía, y Jorge se daba al diablo esperando en vano,

contando los minutos, eternos á su juicio. Para cambiar de sitio y engañar así su malestar, pasó al tocador.

Atraído por irresistible curiosidad, abrió el armario donde la víspera quedaron revueltas todas las camisas cuando la llegada de la desconocida le distrajo de su éxtasis.

La misma mano que había puesto en orden los muebles y limpió las habitaciones, había intervenido también allí. Como el día antes, el peinador estaba en su puesto; las camisas clasificadas.... Entonces, por un fenómeno de imaginación, la hermosa incógnita apareció á los ojos de Jorge perfectamente distinta.

Mas no como la viera, vestida de seda y envuelta en su abrigo de pieles.... ¡ Desnuda, palpitante!.... Por esa costumbre propia de los pintores, que bien pudiera llamarse instinto, Fontaine desnudó á la bella, se la imaginó en todo el esplendor de su belleza plástica, la volvió á vestir con una de aquellas elegantes camisas, y la arrebujó en su peinador.... Entonces cerró los ojos, devoró con la mente aquel cúmulo de encantos, y un ensueño, un dulcísimo

éxtasis se apoderó de él ; en el alma del artista se fundieron el sentimiento de tal y la sensación de ser humano , y produjeron algo nuevo , algo desconocido para aquel hermoso hombre de treinta años con todas las ingenuidades de la adolescencia.

XXII.

Con el oído atento á los menores ruidos; perdiendo esperanzas á medida que transcurrian instantes , pasó una hora. Por fin el último destello de ilusión desapareció. Lleno de despecho , furioso contra la bella burladora , salió del hotel ; se avergonzaba de haberle servido de juguete , y revolvía en la mente mil descabellados planes para encontrarla. Caminaba á buen paso , sin fijarse en nada ; pero de pronto se convirtió su marcha en carrera ; había tenido una idea luminosa : un medio de vencer ; un proyecto difícil de realizar , pero digno de

su talento artístico. Bien pronto llegó á su casa

—No ha ido, ¿verdad? — le dijo Lucía apenas le vió.

— ¡Tenías razón! Fuí juguete de esa mujer (repuso Jorge con resolución). Pero no me importa. Antes de tres días sabré quién es y dónde vive. ¡Yo te juro que esta vez no se burlará de mí!....

Iba á contestarle Lucía; se aprestaba á dirigirle un sin fin de preguntas, cuando Fontaine dió media vuelta, tomó escaleras arriba, y no paró hasta el estudio, que ocupaba el último piso del hotel.

Su hermana le siguió, y mirándole llena de sorpresa, no osaba interrogarle. El joven, sin hacerla caso, fué á un rincón, cogió un lienzo nuevo, le colocó sobre el caballete, y siempre con gran prisa, tomó paleta y pinceles, y lo dispuso todo como para comenzar un gran trabajo.

— ¡Pero, hombre! (exclamó Lucía.) ¿En estos momentos te ocurre empezar un cuadro? ¡Si al menos continuaras el que tenías ya entre manos!....

— Voy á comenzar uno.... que no será de los peores, me parece....

— ¡Cómo! ¿Qué dices? ¿Por ventura te propones?....

— Me parece que has acertado. Saber el nombre de esa desconocida.

— ¿Haciendo un cuadro?

— El retrato exacto. La tengo en la mente, la veo como si estuviera delante de mis ojos.... en ese rayo de luz.... No olvidaré ni el rasgo más insignificante de su fisonomía. Conservo el recuerdo exacto del tono de su cabello dorado y de su tez de nácar.... La expresión de sus ojos de cielo y el gesto de su boca fresca y húmeda.... No te admires.... ¿Acaso no me has visto pintar de memoria otras veces, y has reconocido que la semejanza con el original era notable?....

— Es cierto. Pero un retrato así requiere mucho tiempo, y urge sacar á Pedro del apuro en que está.

— Si se tratara de un cuadro concluído, tendrías razón. Pero me propongo hacer sólo una mancha, un apunte. Pienso abandonarlo todo, menos el parecido de la cara, porque sólo eso necesito. En dos ó tres días espero dar cima á mi empresa.

— Bien. Y luego de concluído el retrato, ¿cómo te arreglarás?....

—Es muy sencillo. Se trata de una mujer del gran mundo. Esto es indudable. La gente que lo frecuenta debe conocerla por fuerza.

—Sin duda ; pero....

—En cuanto acabe mi tarea , convocaré á mis amigos ; sólo á los que no pierden fiesta ni diversión.... y no faltará alguno que diga al ver mi obra : « ¡ Este estudio se parece á la señora X !.... »

—Es una idea magnífica. Tienes razón. Quizás por ese medio logremos nuestro propósito (dijo Lucía , después de reflexionar). Y luego que sepas quién es la.... la *amiga* de Pedro , ¿ qué piensas hacer ? — añadió con extraño acento.

— ¡ Iré á su casa !.... ¡ Oh ! ¡ No temas que rechace mi visita !.... Y le diré : « V. me engañó indignamente ; pero he sabido deshacer el engaño y encontrarla . ¿ Quiere V. hablar para dar la libertad á mi amigo , ó no ? » Si quiere , bien.... Y si no quiere.... lo mismo.... porque me pasaré sin ella . ¡ Estoy resuelto á todo !....

— ¡ Ah ! ¡ Bendita sea tu idea ! — exclamó Lucía abrazando á Jorge .

Este hizo un esfuerzo para abstraerse ;

cerró los ojos ; permaneció así unos instantes , y luego comenzó á pintar con una velocidad extraordinaria.

Lucía , sentada á su espalda , miraba cómo poco á poco las formas de una mujer hermosísima iban adquiriendo vida y realidad aparente bajo el pincel de su hermano.

Á la caída de la tarde se encendieron las lámparas eléctricas , y prosiguió su trabajo , sin descansar más que para comer y leer los periódicos que traían la noticia de haber sido trasladado Morlain desde la Conserjería á Mazas , y sometido á la más absoluta incomunicación . Cada uno sostenía diverso criterio ; los diarios de opiniones avanzadas juzgaban al presunto asesino como un criminal vulgar ; los conservadores le suponían tan sólo homicida , y atenúan el delito por la exaltación y la cólera . Pero ni unos ni otros tomaban su defensa , considerándole inocente y suponiendo á la justicia víctima de un error .

— ¡ Oh ! ¡ Y qué mujer tan dura !.... (exclamó Lucía indignada .) ¿ Será capaz de persistir en su funesto silencio después de leer esto ?....

— Forzosamente lo romperá . ¡ Yo te lo

prometo!.... ¡Ya lo creo!.... — respondió Jorge, con ese acento que revela una convicción profundísima.

Entre tanto, el retrato iba adquiriendo importancia. La mano hábil de Jorge obedecía fiel á la voluntad, y reproducía los rasgos conservados en la memoria con una asombrosa exactitud. Á las once de la noche, cuando hubo de abandonar la tarea para dormir, era casi una obra maestra. Si al día siguiente las impresiones adquiridas se habían desvanecido en parte, lo ya manchado sobre el lienzo bastaría para reanimarlas.

Pero no fué menester esto último. Al volver á comenzar el trabajo, Jorge conservaba sus recuerdos tan vivos como la víspera, y continuó su obra sin vacilaciones que pudieran extraviarle.

Hacia el mediodía, al alejarse del caballete para ver el efecto desde lejos, exclamó lleno de gozo:

— ¡Lucía! ¡Hermana! ¡Estoy satisfecho! ¡Es ella! ¡Verdad que es muy hermosa!....

— ¡Mucho, muy hermosa!.... — repuso la joven bajando los ojos.

— Y, sin embargo, aún no tiene vida su boca; la sonrisa todavía no dice nada; ni sus ojos despiden dulces destellos, ni su tez ofrece al aterciopelado de las azucenas. ¡Mañana!.... ¡Ah! Mañana será otra cosa. Ella en absoluto, con su rostro de diosa y su cuerpo de hurí!.... Ahora es preciso dejarlo; voy al Círculo, para volver en seguida. Hasta después, Lucía.

Partió Jorge, y su hermana quedó en el estudio. Al verse sola, su rostro tomó una expresión extraña. Se acercó al caballete; devoró con los ojos la imagen de aquella belleza superior; en su fisonomía se adivinaban la sorpresa y la admiración que la causaba; se llevó una mano al corazón; por instinto buscó un espejo; halló la límpida luna de una cornucopia de gran mérito suspendida en una de las paredes, y al verse reflejada en ella, se le llenaron los ojos de lágrimas, y gimió:

— ¡Oh! ¡Qué hermosa es!.... ¡Y cuánto debe amarla!....

.....

Por su parte, Jorge, apenas llegó al

Casino de la plaza Vendome, se vió rodeado por una porción de amigos. Sabían su amistad íntima con Morlain, y esperaban que les diera noticias de él. Pero sus esperanzas quedaron defraudadas, porque Fontaine se encerró en la más severa reserva, limitándose á sostener la inocencia de su mejor amigo. Y como el asunto le causaba pena y deseaba realizar el propósito que le llevó al Mirlitón, cambió el curso del coloquio y le dirigió hacia su objeto.

—Estos últimos días (dijo) terminé un cuadro que destino al concurso próximo: pero quisiera, antes de presentarlo, oír la opinión de algunas personas; la de Vds., por ejemplo....

Y al decir esto, se dirigió al marqués de X...., al barón de N...., á Eduardo A...., al conde de F...., á los más relacionados, en fin, con las personas del gran mundo parisién, del París selecto, *selected*.

—Por mi parte, tendré mucho gusto en manifestarle mi pobre opinión (dijo Eduardo A....); me considero muy honrado con su deseo, y creo que estos señores....

—Iremos, Fontaine,—repetieron varios.

—¿Pero dónde veremos el cuadro? Su estudio de V. no es como los de otros pintores; está cerrado para todo el mundo.

—Efectivamente (repuso Jorge sonriendo); siempre temí las visitas que distraen del trabajo. Pero hoy las solicito, mejor dicho, solicito la de Vds., para juzgar del efecto que debe producir en el público mi última obra.

—Pues fije V. día y hora (dijo el marqués de X....): todos deseamos penetrar en ese santuario del arte (y volviéndose á sus colegas, prosiguió): ¿Vamos mañana; y así vemos juntos el cuadro?

—Perfectamente (replicó el conde de F....); de esa suerte molestaremos menos á nuestro huésped. ¿Qué hora le conviene á V. más, Fontaine?

—La que Vds. quieran. Jamás salgo por el día.

—¿Á las tres de la tarde?

—Bueno,—repetieron todos.

—Hasta mañana á las tres, mis queridos jueces,—dijo Fontaine.

—¿Cuál es el asunto del cuadro?—le preguntó Eduardo A.... al despedirse de él.

—Uno muy conocido; pero al cual he